1510

PEDRO DE RÉPIDE

Cadenas de rosas

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL

Copyright, by Pedro de Répide, 1909

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

6

CADENAS DE ROSAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CADENAS DE ROSAS

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

PEDRO DE RÉPIDE

Estrenada con gran éxito en el TEATRO DE LA ZARZUELA la noche del 19 de Julio de 1909

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
—
1909

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN	Srta. Palma.
ISABEL	Sra. Badillo.
LOLA	Srta. Las Heras.
LA SEÑÁ CANDELAS	Sra. Domínguez.
LA VIZCONDESA	Grajera.
LA SECRETARIA	Srta. Cob.
MANUEL	Sr. Reig.
HONORIO	Gutiérrez.
SANTOS	Niña Barbero.

La acción en Madrid.—Epoca actual

ACTO UNICO

Habitación humilde, limpia y ordenada, en la cual no se carece de lo necesario. Puertas al fondo é izquierda. A la derecha balcón practicable que estará abierto. Hay un aparador con vajilla. Sobre él un quinqué apagado y un búcaro con flores. En el balcón tiestos y jaula del pájaro. Sillas distribuídas por la habitación. Al comenzar el acto, Carmen cose sentada junto al balcón acompañada de Lola.

ESCENA PRIMERA

CARMEN y LOLA

LOLA ¿Y tu chico?

CAR. ¿Mío? No lo es. No tengo yo esa suerte que han tenido otras que se la merecen menos.

LOLA ¿Y de quién ha de ser si no tuyo? De otra mujer habrá nacido, pero si esa mujer tiró á la calle su cariño como el cariño de su padre, y tú has sabido recoger uno y otro, la madre de ese niño eres tú.

CAR. Por ahí anda. No tardarás en verle. Madre me llama, y yo le dejo.

LOLA Más vale que te lo llame á tí que no á la suya.

CAR. Ya está hecho un hombrecillo. Tiene toda la cara de su padre. Veces hay en que me alegro de no haber tenido yo otro con Ma-

674413

nuel, porque entonces tendría que repartir mi cariño entre los dos, y me parece que á este le hace más falta que á ninguno.

LOLA Santos le llamas, ¿verdad?

CAR. Se llama Santos, para que á fuerza de tenerlos todos, no tenga ninguno. Eso de la protección de los santos ya va pasando de moda. Al chico le llamaron así porque para mayor tristeza nació en el día de Difuntos. Y destinado estaba á perder á su madre sin que se le muriera.

LOLA Hay gentes perras en este mundo.

CAR. Por perros los tuviera, si no fuese ofensa para los perros compararlos con ellas.

LOLA ¿Y no habéis vuelto á saber...?

CAR. ¿De quién? ¿De la Isabel? Ni falta que hace. No nos faltaba más si no que apareciese otra vez.

LOLA Creo que estaba en Barcelona.

CAR. Por allá nos espere muchos años.

LOLA Dicen que allí ha hecho carrera.

CAR. Sí. Como en todas partes.

LOLA Poco me falta para concluir mi tarea.

CAR. ¿Ya estás impaciente por ver al tuyo? Déjale, mujer, déjale, que si es de ley te esperará.

LOLA Como tú vives tan tranquila y tan feliz con tu hombre y con tu chico, por eso miras con esa calma los asuntos de las demás.

CAR. ¿Y quién es él? ¿Aquel teniente?

LOLA Sí, pero le hago que vaya siempre de paisano. ¡Antes me gustaba más con la teresiana, porque mira que con esas tapaderas que les han puesto!...

CAR. ¡Pero chica, si es la moda! Ahora creo que hasta á los curas los van á poner gorra de plato en lugar de la teja.

LOLA Me ha dicho que para primero de año nos casaremos. Dice que con la paga no hay apenas para que vivamos y eso haciendo las cuentas conque no hubiese críos.

CAR. Que serían cuentas galanas. Porque para rezar el Rosario supongo que no os casaréis.

LOLA El caso es que él se está agenciando un so-

bresueldo, y como me quiere, en cuanto haya para nosotros y para lo que venga, nos casamos, y si no nos casamos por lo menos nos vamos á vivir juntos que es de lo que se trata.

CAR. Y que lo digas. En habiendo cariño sobra la vicaría. ¡Para qué más bendición que el quererse con toda el alma! Ahí tienes á mi Manolo. Los curas le casaron con Isabel, y la mujer que le dieron en la iglesia abandonó á los dos años á su marido y á su hijo, ese pequeñuelo que ha tenido después en mí su verdadera madre. También sabes lo que yo quise siempre á Manuel, y tú te acuerdas de cuánto lloré y me repudrí el día en que le ví salir de la parroquia al lado de Isabel. Cuando ella le dejó, ví en él tanto dolor y tanta pena que hasta el acercarme á su lado me parecía como que era ofenderle. A quien cogí sin reparo desde el primer momento fué al chiquillo. Quieras que no, dije á su padre, me le llevo á mi casa. Esta criatura necesita el calor de una mujer. Y desde aquel día el chico fué hijo mío, y ese niño que me trajo la alegría á mi casa me trajo también la felicidad á mi alma porque me dió el cariño de su padre.

LOLA Y así vivís que dais gloria, y envidia á todo el mundo.

CAR. Por una desgracia vino una suerte. Mala hora aquella en que á Manuel le metieron en los líos de círculos de beatos y de gente de esa. Allí le hacían ir á la salida del taller, y siempre confesando y siempre comulgando, y el padre fulano por aquí y las señoras de la conferencia por allá, hasta que le casaron con la Isabel. ¡Pues se lucieron los de la sotana con el casorio! Si todos les salen por el estilo de ese, aviaos están los matrimonios.

LOLA Chica, no me hables de los círculos esos. Conozco el paño. De ese mismo tengo yo un traje.

CAR. Digo. La alhaja de tu hermanito...

LOLA No todos son como tu Manuel.

CAR. ¡Pues á ver! El que lo tiene lo luce. ¡Na más!

LOLA Eso, y el que no lo tenga que se aguante.

CAR. Cuatro años llevamos de una vida que no la cambio por la del rey de España. Si yo vivo es para mi hombre, y si mi hombre vive es para mí, y los dos para el chico. Cuatro años hace que no salgo á la calle sin el uno ó sin el otro cuando no es con los dos. Y que no vale nada ver que llega la tarde y viene Manuel de su trabajo satisfecho y contento, y encuentra aquí la alegría y la paz.

LOLA Y que os dure.

CAR. Hija, aunque no sea más que hasta que se acabe.

(Se oye fuera la voz de la señá Candelas que pasa voceando las cartas de la rifa.)

CAND. ¡Tres cartas me quedan! ¡Quien *quié* el as de espás! ¡Que aquí va á caer!

(Entra Santos corriendo.)

LOLA Ya deben ser las cinco.

CAR. Sí, que pasa la Candelas rifando la merienda.

ESCENA II

DICHAS y SANTOS

SAN. ¡Madre, madre!

CAR. ¿Qué pasa?

SAN. La *rifaora.*

LOLA ¿Y te va á rifar á ti?

SAN Rifa jamón. Ande, madre, llámela usté.

(Se oye otra vez la voz de la señá Candelas.)

CAND. Tengo el as de espás. ¡A ver á quien cae. ¿Subo?

SAN. Dígala usté que suba.

LOLA (Cantando.) *¡Sube Mariana, sube!*

CAR. Pues si que esa necesita que se lo digan. Viene sin que la llamen como las malas noticias.

(Entra la señá Candelas.)

ESCENA III

DICHOS y CANDELAS

SAN. Ya está aquí, madre.
CAND. Salú pa las buenas mozas.
LOLA Estimando.
CAR. Se la devuelve el saludo, señá Candelas.
CAND. ¿Y ese hombre?
CAR. En su *tajo*. Ya no pué tardar.
SAN. Madre, que tome el as.
CAR. ¡Ay, que té de criatura!
CAND. A ver si le va usté á quitar el capricho al chaval. *Misté*, en esta toca. (Enseña una carta.)
CAR. Las consecuencias son las que va usté á tocar como no sea verdá.
LOLA ¿Ha engañao usté ya á toda la calle, que no la quedan más que esas cartas?
CAND. ¡A ver qué vida!
CAR. ¡Y como tié usté tan buena suerte que si se queda con una carta toca en esa!
CAND. Pues ahí verá usté. El sino de las personas.
SAN. Madre. Yo quiero el as.
CAND. Y menuda merienda llevo esta tarde. Pues así que no la va á dar envidia á la que no haya jugao.
CAR. Bueno, deje usté ese asunto, que aquí ya ha colocao usté el género.
CAND. Si no podía ser por menos. Si con esa cara hay que ser buena por fuerza.
LOLA Anda, que da usté más coba que un fraile pidiendo.
CAND. Sí, pero lo que yo me gano, mi trabajo me cuesta. No me pasa lo que á ellos, que como siempre están rezando, todo les cae del cielo.
CAR. Suerte que tienen. Mientras los dejen, hacen bien.
CAND. Bueno. Pues ahí están las que valen. (Da las cartas al chico.) Cógelas, hombre.
(Carmen saca del bolsillo del delantal monedas de cobre y se las da á la señá Candelas.)
CAR. Tome usté, que va usté á ser mi ruina.

LOLA Vamos, que ya ha *sacao* usté *tajá*.

CAND. Si fueran así las *tajás* que coge mi marido, mejor andaría mi casa.

(El chico se entretiene mirando las cartas.)

CAR. Vamos. Siéntese usté, que ya ha *acabao* usté el negocio.

LOLA Ande usté, señá Candelas, cuéntenos usté chismes.

CAND. ¡Hija! ¿Yo?

LOLA Pues natural. Si estará usté rabiando por desembuchar alguna historia.

CAND. ¡Ay, qué mal me conoces mujer! Yo siempre á mi avío y en mi negocio, y sin meterme en nada. Lo que es, ¡qué claro! una entra en las casas y ve lo que ocurre, y por fuerza se *tié* una que enterar, porque no es cosa de cerrar los ojos.

CAR. Ni de gastar gafas *ahumás*. Tié usté razón.

CAND. ¿Quié usté decirle al chico que se vaya?

CAR. ¿Le estorba á usté?

LOLA ¿Va usté á contar algún cuento feo?

CAND. Mujer, cuando yo digo que se vaya será por algo. Y si no que se quede, no se vayan ustés á creer que tengo interés en contar nada.

CAR. Anda, Santos, vete á enseñar las cartas á tus amigos.

SAN. No quiero, que va á contar un cuento.

LOLA Pero, chico...

SAN. Madre, que yo lo quiero oir.

CAND. Que no cuento nada, hombre.

CAR. Mira que si no te vas no te toca la rifa.

SAN. No quiero, que va á hacer trampa.

CAND. Oye. ¿Sabes el puesto de la Luisa? Ahí en la esquina.

SAN Sí, que sé.

CAND. Pues allí está la merienda. Baja á verla pa que no se la lleven.

SAN. ¿Me deja usté que me coma una raja?

CAND. Si vas allí, te tocan todas las del plato.

SAN. Entonces si que voy.

LOLA Anda que es tarde.

CAR. Arrea, que vas por hilo.

SAN. (Desde la puerta.) Pero no cuente usté el cuento... (Vase.)

ESCENA IV

DICHAS menos SANTOS

CAR. Hable usté ya, mujer.
LOLA Suelte usté el chorro.
CAND. Cualquiera diría que tengo afán por decir nada.
LOLA ¡Quiá, que tontería! ¡Ilusiones!.
CAND. No es que yo me quiera meter en donde no me llaman.
CAR. Nada de eso.
CAND. Y después de todo, puede que no traiga yo ninguna noticia.
CAR. ¿Es de importancia?
CAND. Si lo más probable es que usté ya la sepa.
CAR. Señora, ni una palabra.
LOLA Desembuche usté de una vez.
CAND. Bueno, pues vuelvo á repetir que á mí no me gusta meterme en los asuntos de los demás; pero no sé si sabrá usté que anda por Madrid cierta persona.
CAR. ¡Ya pareció el peine!
LOLA ¡Nos has *peinao* con la noticia!
CAND. No sé si hago bien ó si hago mal en decirlo, pero cumplo con avisar. Y eso es lo que hay. Que la Isabel ha vuelto.
CAR. Supongo que no se la ocurriría acordarse...
CAND. Es de suponer.
CAR. Por muy seguro tengo yo el cariño de mi Manuel, pero maldita la gracia que tendría que esa mujer volviera á verle.
LOLA Sí que es de alivio el recadito.
CAND. Yo creo que he hecho bien en decirlo.
CAR. Sí, mujer, ha hecho usté bien.
CAND. Y si he hecho mal, usté me disimule. (Se levanta.) Y me voy á echar la rifa, pa que no gruña la parroquia.
CAR. Vaya usté con Dios, señá Candelas.
LOLA Usté se divierta.
CAND. Que haya salú.
CAR. Hasta mañana.
CAND. Y no se apure usté por eso. (Vase.)

ESCENA V

DICHAS menos CANDELAS

CAR. Cualquiera diría que gozan estas gentes dando una mala noticia.

LOLA La mujer se cree que te ha hecho un favor.

CAR. Es que les molesta el bienestar del vecino. No parece sino que la felicidad de cada uno se hace con pedazos de la de los demás.

LOLA Pero que Isabel esté en Madrid no quiere decir nada. No es de creer que ahora la va á entrar de pronto el amor á la familia.

CAR. Pero es un tormento para mí y un desasosiego continuo. Puede haber un encuentro en la calle... cualquier cosa. Tú no sabes lo que es esa mujer.

LOLA Sí que lo sé, lo que es que no lo digo porque ahora la autoridad ha prohibido que se digan muchas palabras.

CAR. ¡Pensar que puede verle... que puede hablarle!...

ESCENA VI

DICHAS y HONORIO

HON. (En la puerta.) ¿Hay permiso?

CAR. Adelante.

LOLA Pero, ¡vamos, el golfo de mi hermanito! No nos faltaba otra cosa.

HON. ¿Molesto?

CAR. ¿A qué se debe el milagro?

HON. A buscar á ésta.

LOLA Qué amable está el tiempo.

HON. Me ha mandao madre que venga.

LOLA Anda, y obediente y todo.

CAR. Luego dirás.

HON. He estao un rato en el círculo católico. Luego he estao en la taberna del Chanelo. Y

como me aburría porque no tenía cuartos, me dije, digo, pues voy á buscar á aquella.

LOLA Se agradece la atención.

CAR. Oye, ¿pues si estás sin trabajo y sin dinero, para qué te sirve el círculo de los curas?

HON. Toma, pa pasar el rato. Y que se pasa de primera, porque hay de tos los juegos. Claro que le sacan á uno las perras; pero tié sus ventajas.

CAR. Sí; ya las veo.

LOLA Son ventajas disfrazás.

HON. Pues sí que las hay. Porque tiés tú que hay una huelga en un taller, y según del oficio que sea van los curas y llaman á los del Círculo que trabajan en eso y les dicen: Mañana teneis que ir á trabajar á tal parte.

CAR. Muy bonito y muy decente. ¡Y los otros infelices que los parta un rayo.

HON. Y se entretiene el tiempo. Ya ves, á mí me toca comulgar todos los jueves, y los más de los días ayudo á misa. En fin, que se divierte uno. Y no faltan recomendaciones pa trabajar en buenas casas. Y se tiene bastante tranquilidad y bastante ganancia.

CAR. Y bastante frescura.

LOLA Lo que es en eso es un Diciembre. (Ha dejado la costura y se pone un pañuelo de crespón.)

HON. Bueno, oye, pero yo no te acompaño más que hasta la esquina.

LOLA Entonces, ¿á qué has venido?

HON. Porque me hacías falta.

LOLA Digo...

CAR. Si ya me parecía á mí demasiada amabilidad.

HON. Pues la verdá... tengo un compromiso con unos amigos que me esperan en el café de ahí al lao, en la tertulia...

LOLA Bueno, ¿y qué?

HON. Ya te lo figurarás... En el círculo me dieron dinero esta tarde, pero me he liao á jugar allí mismo y me he quedao sin una linda. Y ya te he dicho que ahora tengo un compromiso. Y yo soy una persona decente. Y tengo que quedar bien.

LOLA (A Carmen.) ¿Pero le estás oyendo?
CAR. Sí que es suave el angelito.
LOLA ¿Pero tú que te has propuesto?
HON. Tú verás. Necesito cuartos. No te creas que te voy á avasallar. Con seis pesetas tengo bastante. Ya sabes que mi novia está fuera.
LOLA Yo no sé nada.
CAR. ¿Está en los baños?
HON. Si ella estuviese en Madrí ella me las daba. Pero como no está pues te las pido á tí. Tú trabajas y ganas. Tú las tienes.
LOLA Oye, niño, ¿tú conoces á Rita?
HON. No tengo el gusto.
LOLA Bueno, pues que te presenten.
HON. ¿Pa qué?
LOLA Pa que te dé las seis pesetas. ¡Nos ha peinao el sinvergüenza!
HON. A ver si es que me las vas á negar.
CAR. A ver si es que te quiés acordar de que no estás en tu casa.
HON. Pero maldita sea mi suerte.
LOLA A ver si te callas. (Aparece Manuel en la puerta del foro.)

ESCENA VII

DICHOS y MANUEL

MAN. ¿Quién es el que te chilla? Este tenía que ser. ¡Si hueles á cera, pa que seas bueno!
HON. No, si no era nada. Es que nos estábamos despidiendo. He venido á buscar á ésta.
LOLA Callate ya, guasón. Vamos andando.
CAR. Mañana ven temprano, que es sábado y hay que entregar.
LOLA Vendré temprano. Adiós, mujer. (Se despiden besándose.) Con Dios, Manuel.
MAN. Anda, que buena compañía llevas.
HON. Es favor. Vaya, conservarse.
CAR. Hasta mañana, Lola.
LOLA Chicos, hasta mañana. (Vanse Lola y Honorio.)
HON. (Marchándose.) ¡Pues no te pones tú poco tonta por seis pesetas! ¡Porque te las pide tu hermano, que si te las pidiera tu novio..!

ESCENA VIII

CARMEN y MANUEL

MAN. ¿A qué ha venido ese pájaro? Ya sabes que no me gusta verle por esta casa.

CAR. Ha venido con el pretexto de su hermana. Y como la pobre es tan buena...

MAN. No se parecen los hermanos. ¿Y nuestro chico?

CAR. Jugando está por ahí. Alegre como el sol y contento como un jilguero.

MAN. Que sea alegre, que la alegría es la bondad, y solo se da en las almas sanas.

CAR. Pobrecillo. Obligación hay con todos los niños de hacerles agradable la vida, y de tenerles llenos de caricias y de cariño, pero con este hay más obligación todavía.

MAN. Suerte fué para él, la que fué suerte para mí. Tropezar contigo en el mundo. Sin tu cariño y tu cuidado quién sabe lo que hubiera sido de nosotros.

CAR. Y suerte fué la mía también conque tú me quisieras, y con darme ocasión de ser buena contigo. Yo soy feliz y creo que tú lo eres también.

MAN. ¿Lo dudas, Carmen?

CAR. No lo dudo, Manuel. Solo que tanta felicidad me asusta.

MAN. ¿Te asusta? ¿Y por qué?

CAR. Por si acaso no ha de durar siempre. Por si quizás puede acabárseme cuando menos lo piense.

MAN. ¡Acabarse! Ninguna obligación de esas impuestas por las leyes nos une á tí y á mí. Pero nos ha juntado el vivir y nos ha juntado el querer. Y el pasar unidos nuestros afanes y nuestros desvelos y nuestras fatigas y nuestras alegrías. ¿Cómo quieres que nuestra unión pueda acabarse, si el romperla sería desgarrar un pedazo de nuestra vida y de nuestra alma?

CAR. No. Quererlo no. Ni pensarlo tampoco.

MAN. Pues entonces... ¡Mujer!...

CAR. Es que pasé tanta amargura y tanta pena antes de unirme á tí que llegué á creer que no tenía yo derecho á la felicidad. Por eso cuando la tuve me parecía demasiada. Y cuanto más tiempo nos dura más tiemblo porque se pueda concluir.

MAN. Ningún día te encontré como hoy. Si no tuviese yo conciencia de que en cuanto hago al salir de esta casa no hay nada que te pueda ofender, creería que habían venido á contarte alguna historia. Por fortuna, sé muy bien cómo me conduzco.

CAR. No, Manuel mío, no. Ni nadie ha venido á contarme nada, ni nada sé, ni nada quiero saber tampoco.

MAN. ¿Dudas, tal vez?

CAR. ¡Que Dios me libre de dudar!

MAN. ¿A qué entonces tus palabras y tus tristezas?

CAR. A nada, Manuel, á nada. Bien sé lo seguro que tengo tu cariño. Pero pudiera ser...

MAN. Y siempre la sospecha, y el mal pensar. Cuatro años hace que vivimos juntos y sin que haya ni una sombra en nuestra vida. Hoy es el primer día que te oigo hablar así.

CAR. Sí, es verdad, es el primer día. Los dos debemos hacer porque sea el último.

MAN. Los dos, no. Tú sola, mujer, tú sola. ¿Y verdad que no volverás á pensar en eso? Cuando vengo de mi trabajo, deseoso de paz y de sosiego, sólo quiero ver en tus ojos y en tus palabras, eso que ahora me niegas sin saberlo, nuestra tranquilidad y nuestra calma. No hemos necesitado jurarnos nuestro cariño para que sea cierto, por eso tal vez es más grande y es más de verdad.

CAR. Pero á pesar de todo, una seguridad me falta. Otra mujer está en Madrid, otra mujer que puede crerse con más derecho que yo á decir que es la tuya...

MAN. ¡Isabel! ¿Isabel ha vuelto?

CAR. ¿Lo ves como no puedes negar la impresión que te hace?

MAN. ¿Y por qué vuelve?

CAR. Aun te acuerdas de ella.

MAN. Fué mi mujer. Mejor dicho, lo es todavía...

CAR. Puede ser que aun la quieras.

MAN. La quise. Sí. Es verdad. Pero dejé de quererla el día en que supe que no era digna de ello.

CAR. Y, sin embargo, la recuerdas.

MAN. Cállate, Carmen, no me atormentes más. (Se dirige hacia la puerta de la izquierda.)

CAR. ¿Saldrás luego, Manuel?

MAN. Saldré, pero contigo. ¿Sigues dudando aún?

CAR. No. No quiero dudar.

MAN. Me avisarás para comer. Tengo tarea. Unos trabajos que preparar. Busca al chico, y no me llames hasta luego.

CAR. ¿Sin rencor?

MAN. Sin rencor. (Entra en la habitación que se supone á la izquierda.)

ESCENA IX

Comienza á anochecer. CARMEN se seca una lágrima y comienza á ordenar los lienzos de su labor. Después se asoma al balcón

(Desde el balcón) ¡Eh, Luisa! ¿Está ahí mi chico? ¿No? Demonio de criatura. Siempre estará aquí al lado. (Se aparta del balcón y se dirige hacia la puerta del foro. En aquel momento aparecen en ella la Vizcondesa y la Secretaria, damas vestidas con elegancia y lujo.)

ESCENA X

CARMEN, la VIZCONDESA y la SECRETARIA

VIZ. Vimos la puerta abierta. Aquí debe ser. Por eso nos hemos permitido...

SEC. Sí. Aquí debe ser.

CAR. Las señoras dirán ..

VIZ. Buscamos á una joven, Carmen Cifuentes.

CAR. Servidora de ustedes. ¿Me hacen el favor de tomar asiento?

(La Vizcondesa y la Secretaria que habrán curioseado insolentemente la habitación á través de sus impertinentes, miran con ellos las sillas que las ofrecen y se sientan haciendo un gesto de condescendencia.)

VIZ. Tiene usted una casita muy arreglada.

CAR. O por lo menos lo procuro.

SEC. Se la puede felicitar á usted.

VIZ. Ya lo creo. Una casa con orden puede indicar buenas costumbres.

CAR. Por buenas tengo las mías.

VIZ. Usted es costurera, ¿no es cierto?

CAR. Sí señora, es mi oficio. Trabajo en casa.

SEC. Eso sabíamos. A nosotras nos interesan mucho las muchachas trabajadoras y aplicadas.

VIZ. Y tendremos mucho gusto en proporcionar á usted trabajo. Y hasta trabajo en grande escala.

CAR. Muchas gracias, señoras. Realmente yo trabajo por hacer algo cuando termino mis obligaciones de la casa. Mi marido, que es grabador y trabaja bastante, gana lo necesario para que vivamos sin estrecheces.

VIZ. ¿Vive usted... con su marido?

CAR. Sí, señora.

SEC. ¿Y no vive usted también con un niño?

CAR. Con un niño vivo también, sí señora.

VIZ. Eso nos habían dicho.

SEC. ¿Con un niño... de usted?

CAR. Permítanme que me extrañe de dos cosas. La primera, su visita.

VIZ. No debe á usted extrañarla. Usted trabaja para el público, y nada más natural sino que las señoras hagan á usted sus encargos y quieran enterarse de su labor.

SEC. Por lo demás, nosotras acostumbramos á preocuparnos de las jóvenes obreras. Ya se lo hemos dicho á usted, y creemos que eso no debe molestar á ninguna de las visitadas.

CAR. Pero es que verdaderamente me han sorprendido sus preguntas, y lo demasiado

bien informadas que está ustedes de cómo vivo yo.

VIZ. Hija mía, si es preciso decírselo á usted, la diremos que cuando nos decidimos á entrar en una casa desconocida es porque algún motivo grave nos obliga á hacerlo.

CAR. (Sobresaltada.) ¿Qué? ¿Qué me quieren ustedes decir con eso? ¿Ha ocurrido algo? A mi Manuel no puede ser. ¿Será á mi chico? Díganlo ustedes. ¡Lo que sea!

VIZ. No se alarme usted, jóven. No ha ocurrido nada. No venimos á avisarla á usted de ninguna desgracia.

CAR. Pues entonces... ¿qué es?

VIZ. Al decir ninguna desgracia, queremos decir ninguna desgracia... material. Es preciso distinguir los términos. Pero sin embargo es bastante serio el asunto que aquí nos trae.

SEC. Ante todo, bueno es que sepa que si venimos es por el bien de ella.

CAR. ¿Por mi bien?

VIZ. Sí, joven. Por su bien.

CAR. No lo comprendo.

SEC. La señora es la Vizcondesa de Santa Dorotea, presidenta de la Junta de damas del Buen Auxilio. Yo soy la Secretaria de esa misma Junta.

CAR. ¿Y se puede saber...?

VIZ. ¿A qué hemos venido? Ciertamente que sí. Y repetimos que no nos guía otro móvil más que el bien de usted.

CAR. No acierto á explicarme qué las puede interesar mi bien ó mi mal á unas señoras que no me conocían ni de vista.

SEC. A nosotros nos interesa el bien de todo el mundo por el amor de Dios.

CAR. Dios las conserve á ustedes las buenas intenciones.

VIZ. Usted nos interesa.

CAR. Vuelvo á dar á ustedes las gracias por lo mucho que se preocupan de mi bienestar.

VIZ. Y no solo de su bienestar de usted en el mundo, que eso importa poco...

CAR. Importará muy poco, pero ustedes bien se

cuidan de vivir á gusto, y de llevar alhajas, y de andar en automóvil.

SEC. Es usted una pobre extraviada.

CAR. Puede que sea así, pero no cambiaría mi suerte.

VIZ. El bien que la deseamos á usted, no es para esta vida, si no para la otra.

CAR. Pues mire usted, no lo cambio tampoco.

VIZ. Haga usted el favor de escucharnos. Dice usted que vive con su marido. ¿Usted tendrá sus papeles de la parroquia, sus documentos?

CAR. ¿Pero vienen ustedes á hacer la cédula?

VIZ. Usted nos ha dicho antes que vivía con su marido, y ha ofendido usted á Dios una vez más diciendo una mentira. Usted vive con un hombre casado.

SEC. Y ese niño que vive aquí también, tiene una madre que no es usted.

VIZ. Joven, usted está en pecado mortal.

CAR. Por muchos años sea.

VIZ. Pero no saldremos de esta casa sin haber vuelto al buen camino á una familia que se pierde.

CAR. ¿Y las dan á ustedes mucho por cada pieza que llevan?

SEC. Cuanto más dolorosa sea la prueba mayor es el mérito de la conversión. ¡Joven, atiéndanos usted!

VIZ. Es necesario que usted sepa que tiene sobre su conciencia la perdición de cuatro almas. La de usted, la de ese hombre, la de esa criatura y la de la esposa legítima de ese hombre.

CAR. ¿Ella las manda á ustedes?

SEC. Ella, no. Nuestra obligación de cristianas.

VIZ. Esa mujer sufrió quizás un ligero extravío.

CAR. La mar de ligero. Ha durado cuatro años.

VIZ. Pero es una mujer con religión y con principios. Cansada de su devaneo, quiere llamar á la puerta de la que al fin y al cabo es su casa.

SEC. (Con naturalidad y como encontrándolo muy lógico.) ¡Cuántas santas que hoy adoramos en los altares han tenido extravíos mayores en su vida!

VIZ. Está usted cometiendo un crimen. Está usted robando el marido y el hijo á una esposa cristiana.

CAR. ¿Y no fué crimen el de ella al robarles la dicha y al robarles la honra?

VIZ. Ella vendrá á ocupar su sitio.

SEC. No saldremos sin convencerla á usted.

(Carmen corre hacia la puerta del cuarto donde está Manuel.)

CAR. ¡Manuel! ¡Manuel! Escucha estas mujeres y échalas de esta casa. (Se abre la puerta y aparece Manuel.)

ESCENA XI

DICHAS y MANUEL

MAN. ¿Quién te ofende?

VIZ. (A Carmen.) No nos había usted dicho que estaba aquí este hombre.

MAN. ¿Y por qué no me llamaste antes? No creí yo que tuviéramos visitas de esta clase.

CAR. Han venido á decirme...

MAN. Habrán venido á envenenarte el alma.

VIZ. Usted pagará lo que dice y lo que hace. Después de su muerte perderá su alma, y en este mundo lo pasará usted mal. Nosotras presidimos un patronato que asegura el bien de los obreros que nos obedecen. Somos ricos.

MAN. ¡Qué habeis de ser! Si no teneis lo que no se compra, ni se vende. Alma en el alma y corazón en el corazón.

SEC. ¡Se arrepentirá usted de sus violencias!

MAN. Violencias serían si en vez de dos mujeres fuesen ustedes hombres. Ya os conozco, víboras bien vestidas. Sé quiénes sois, salteadores de hogares. Alimañas que quisisteis destrozar mi existencia.

VIZ. En el nombre de Dios...

MAN. (Con ademán imperioso.) En nombre de la vida, salgan ustedes de esta casa.

(Entra Santos corriendo y se abraza á las faldas de Carmen.)

ESCENA XII

DICHOS. SANTOS, después ISABEL

SAN. Madre, me ha querido coger una mujer. Dice que mi madre es ella. Madre, escóndeme que tengo miedo.
(Aparece Isabel en la puerta.)
VIZ. La Providencia la ha traído.
CAR. (Cogiendo al niño.) Ven. Donde no te vea. (Vase con él.)
VIZ. Nuestra misión ha terminado.
SEC. No dejes de ir luego á vernos, Isabel.
VIZ. Que el Señor le ilumine. (Vanse las damas.)

ESCENA XIII

MANUEL é ISABEL

ISAB. ¿Oiste á la señora? Que el Señor te ilumine.
MAN. La oí.
ISAB. ¿Entro en mi casa?
MAN. No. Esta no es tu casa.
ISAB. Lo ha sido, sin embargo.
MAN. No fué ella la que te dejó á tí, fuiste tú quien la dejaste á ella.
ISAB. Perdóname.
MAN. Por perdonada te pudiste dar desde aquel día en que debí matarte como tú matabas mi felicidad, y no te maté.
ISAB. Olvida.
MAN. Eso hice. Olvidar. No sé por qué vienes recordándolo todo con tu presencia.
ISAB. He sufrido. He sido desgraciada.
MAN. ¿Y no me hiciste á mí sufrir? ¿Y no me hiciste á mí desgraciado también?
ISAB. ¡Por nuestro hijo!
MAN. Lo abandonaste y ya no es tuyo.
ISAB. ¡Por nuestro amor!
MAN. Tú le hiciste pedazos.
ISAB. ¡Por el amor de Dios!

MAN. ¡Qué cómodo refugio es el de la idea de Dios, puesta como pantalla para todas vuestras conveniencias ó todas vuestras indignidades! Dejad á Dios tranquilo, gusanos de la tierra.

ISAB. Yo soy la mujer que te entregó la iglesia.

MAN. Yo tengo la mujer que me entregó el cariño.

ISAB. Mi religión me manda buscarte nuevamente.

MAN. No sé si tu religión te mandaría abandonar á tu hijo y abandonarme á mí.

ISAB. Mi confesor me ha dicho que debía sentir remordimiento.

MAN. De modo que si tu confesor no te lo dice, no sientes el remordimiento.

ISAB. Me han dicho que debo volver á tí.

MAN. Pues dí á quienes te mandan que es tarde ya. Acaso si mi vida hubiese sentido el vacío de la tuya, y tu dolor hubiese sido verdadero, quién sabe si hubiese olvidado y te habría dado tu puesto al lado de tu hijo, ¿lo entiendes? al de tu hijo, porque al mío tampoco. Pero hubo una mujer, una santa que no rezó jamás, y esa fué la que puso su existencia al servicio de mi soledad y de mi desgracia. Noble y generosa, ella cicatrizó las heridas que tú abriste en mi alma. Se unieron nuestras vidas y nuestros trabajos y nuestros amores. El hijo aquel que tú tirasté á la calle hoy la llama su madre, porque es su madre más que tú. Yo, que hubiese muerto de desesperación y de dolor, hoy vivo contento de vivir á la luz de sus ojos y al calor de su espíritu. ¡Dime quién es más mujer mía, si tú, la que me dió el altar, ó ella, la que me dió el amor!

ISAB. No, si no vengo á pedirte como una limosna que me recibas en tu casa. Ya has visto que hay gentes poderosas que me protejen. De esa protección hubieras podido gozar tú.

MAN. ¡Oh! Era para ofenderme otra vez á lo que venías.

ISAB. Veo que el Señor no ha conseguido iluminarte. Tú serás responsable de que se pierda el alma de nuestro hijo. Si yo venía á pe-

dírtelo no era para mí, era para el servicio de Dios; porque yo sé que el servicio del Altísimo tiene que estar por encima de nuestros afectos. Las damas del Buen Auxilio y los padres de esa congregación hubieran sido mejores padres suyos que nosotros, porque le hubiesen educado para el cielo.

MAN. ¿Lo ves? ¿Lo ves cómo no era el sentimiento de madre el que te traía?

ISAB. Era mi deber de creyente. Yo venía á hacer de esta casa sin fe un hogar cristiano.

MAN. Oye. Con la calma conque los hombres decimos lo que no pensamos tener que repetir voy á decirte una cosa. Esta es la última vez que vienes á esta casa. Esta es también la última vez que has hablado conmigo. Anda. Tu confesor te espera y tus damas de la Junta, y toda esa gente de tu realea. ¡Vete! Sé feliz con ellos y no vuelvas á acordarte de estos pecadores que están dejados de la mano de Dios, pero que viven muy á gusto.

(Aparece Carmen en la puerta de la habitación por donde entró. El niño está simulando como escondiéndose en sus faldas por no ver á Isabel.)

ISAB. ¿Me echas?

CAR. ¿No se ha enterado usted todavía?

ISAB. El cielo me tendrá en cuenta esta prueba.

MAN. La suerte te acompañe.

ISAB. La divina bondad sea mi compañera.

(Vase. Pausa. Carmen se acerca al balcón como para ver á Isabel salir á la calle.)

ESCENA ULTIMA

MANUEL, CARMEN, SANTOS

CAR. Ya salió. Ya se fué. Calle arriba va despacito con ese aire de beata triste.

SAN. ¿Di, madre, se marchó ya la mujer negra?

CAR. Sí. Ya se marchó.

SAN. No volverá, ¿verdad?

MAN. No. No volverá.

CAR. No volverá.

MAN. (A Carmen.) Enciende la luz. Nuestra cena de esta noche nos ha de saber como á cena de bodas. Recoge al pájaro para que cante el cantar de nuestras alegrías.

(Carmen ha encendido el quinqué, y cogiendo del balcón la jaula del pájaro la coloca sobre el aparador. Saca un mantel y lo extiende sobre la mesa. En ella pone también las flores que hay en el aparador.)

CAR. Y estas flores aquí. Y tú aquí también.

(Sienta al niño á la mesa.)

MAN. La risa del niño se oirá junto con el canto del pájaro.

CAR. ¡Cómo quisieron volverte á atar!

MAN. Esas cadenas suyas son de hierro, aunque parezcan de oro.

CAR. (Abrazándole.) ¿Y las nuestras, Manuel?

MAN. Cadenas del amor, son cadenas de rosas.

TELÓN RÁPIDO

OBRAS DE PEDRO DE RÉPIDE

Las canciones. Poesías.
Libertad. Poema.
Las canciones de la sombra. Poesías.
La enamorada indiscreta. Novela.
No hay fuerza contra el amor. Idem.
Del Rastro á Maravillas. Idem.
El solar de la bolera. Idem.
Noche perdida. Idem.
El Madrid de los abuelos. Historia.
Paquito Candil. Novela.

TEATRO

El agua en cestillo. Proverbio.
Los majos de plante (1). Sainete.
La llave de la Araceli. Comedia en un acto.
Los tres maridos burlados (1). Zarzuela en un acto.
La casa de todos. Drama en un acto.
Los majos de plante (1). Sainete con música de Ruperto Chapí.
Cadenas de rosas. Comedia en un acto.

(1) En colaboración con Joaquín Dicenta.

Precio: UNA peseta